

nece: había creído poder saborear *in petto* la satisfacción de ser un genio sublime, no llevando como hoy día una barba y un vestido extraordinario, sino yendo ataviado como los demás y sin mas distinción que la superioridad. ¡Esperanza inútil! Mi orgullo debía ser castigado; la corrección me vino de parte de los hombres políticos, con quienes tuve que relacionarme: la celebridad tiene también su responsabilidad.

Mr. de Fontanes estaba en relaciones con Mad. Bacciocchi: me presentó á la hermana de Bonaparte, y poco después al hermano del primer cónsul, á Luciano. Tenía esta una casa de campo cerca de Senlis (le Plessis), donde me veía obligado á ir á comer; esta casa había pertenecido al cardenal de Bernis. Luciano tenía en su jardín la tumba de su primera esposa, mujer medio alemana y medio española, y el recuerdo del poeta cardenal. La ninfa que alimentaba un arroyo socavado con la azada, era una mula que sacaba el agua de una noria: este era el principio de todos los ríos que Bonaparte debía hacer correr en su imperio. Trabajábase en mi gloria; ya me llamaban y yo mismo me nombraba *Chateaubriand*, olvidando que debía llamarme *Lassagne*. Acercáronse algunos emigrados, entre otros los señores de Bonald y Chenedolle. Cristian de Lamoignon, mi compañero de destierro en Londres, me condujo á casa de Mad. Recamier: el velo se corrió súbitamente entre ella y yo.

La persona que mas ocupó mi existencia á mi vuelta de la emigración fue la señora condesa de Beaumont. Vivía esta una parte del año en la casa de campo de Passy, cerca de Villeneuve-sur-Jonne, que habitaba Mr. Joubert en el verano. Mad. de Beaumont volvió á París, y deseó conocerme.

Para hacer de mi vida una larga cadena de tristes recuerdos, la Providencia quiso que la primera persona que me acogió benévola al empezar mi carrera pública fuese también la primera que desapareciese. Mad. de Beaumont abre la marcha fúnebre de esas mujeres que han pasado delante de mí. Mis mas lejanos recuerdos reposan sobre cenizas, y han continuado pasando de ataúd en ataúd: como el Pandito indio, yo recito las oraciones de los muertos hasta que las flores de mi rosario se hayan marchitado.

Mad. de Beaumont era hija de Armand Marc de Saint-Heran, conde de Montmorin, embajador de Francia en Madrid, comandante en Bretaña, miembro de la asamblea de los Notables en 1787, y encargado del ministerio de Negocios Extranjeros en el reinado de Luis XVI, de quien era muy querido: pereció en el cadalso, adonde le siguieron algunas personas de su familia.

Mad. de Beaumont, aunque mas bien afeada que embellecida, está muy parecida en un retrato hecho por Mad. Lebrun. Su cara era pálida y flaca; sus ojos, en forma de almendra, hubieran despedido demasiado brillo si una dulzura extraordinaria no apagase un poco su mirada, tal como un rayo de luz se suaviza al atravesar por el agua. Tenía su carácter una especie de impaciencia que se resentía de la violencia de sus sentimientos y del mal interno que padecía. Alma elevada, de gran valor, había nacido para el mundo, de donde su espíritu se había retirado por la desgracia; pero cuando una voz amiga despertaba aquella inteligencia solitaria, presentábase esta y os enviaba algunas palabras del cielo. La extremada debilidad de Mad. de Beaumont le hacía hablar muy despacio; pero esta lentitud tenía su encanto indefinible; nunca conocí afligida á aquella mujer, sino en el momento de su fuga; hallábase ya herida de muerte, y me consagré enteramente á sus dolores. Había yo tomado una habitación en la calle de Sain-Honoré, en la casa de Etampes, cerca de lo calle Nueva-del-Luxemburgo. Mad. de Beau-

mont ocupaba en esta última calle una habitación, que daba sobre los jardines del ministerio de justicia. Todas las tardes iba yo á su casa con sus amigos y los míos, Mr. Joubert, Mr. de Fontanes, Mr. de Bonald, Mr. Molé, Mr. Pasquier, Mr. Chenedolle, hombres que han figurado en las letras y en los negocios.

Lleno de caprichos y de originalidades, Mr. Joubert será siempre echado de menos por los que le han conocido. Tenía un extraordinario ascendiente sobre el espíritu y sobre el corazón, y cuando una vez se había apoderado de uno su imagen, se conservaba siempre como un hecho, como un pensamiento fijo, como una obsesión que no se podía desechar. Aparentaba una impasibilidad completa, y sin embargo nadie se afectaba con mas violencia que él: estaba siempre sobre sí para contener estas emociones del alma que creía dañosas á su salud, y sus amigos venían siempre á destruir las precauciones que había tomado para cortarlas, porque no podía menos de conmovirse de sus tristezas ó de sus alegrías; era un egoísta que solo se ocupaba de los demás. Con el objeto de tomar fuerza creíase muchas veces obligado á cerrar los ojos y á no hablar por espacio de horas enteras. Solo Dios sabe el ruido y el movimiento que se producía interiormente en él durante este silencio que se prescribía. Mr. Joubert cambiaba á cada momento de alimentos y de régimen, alimentándose un día de leches, otro de carne picada, haciéndose conducir al trote por los caminos mas ásperos ó llevar al paso por los paseos mas llanos. Cuando leía arrancaba de sus libros las hojas que le desagradaban, teniendo de este modo una biblioteca para su uso, compuesta de obras esquilmas, encerradas en cubiertas demasiado anchas.

Metafísico profundo, su filosofía, por medio de una elaboración peculiar suya, se transformaba en pintura ó en poesía. Platon decidido de La-Fontaine, se había formado la idea de una perfección que no le permitía concluir nada. En uno de los manuscritos hallados después de su muerte, dice: «Yo soy como un arpa eólica, que produce á veces sonidos hermosos, y no ejecuta ningún aire.» Mad. Victorine de Chastenay decía que parecía un alma que había hallado casualmente un cuerpo, y que solía de él como mejor podía: definición tan ingeniosa como exacta.

Es menester reirse de los enemigos de Mr. de Fontanes, que le querían hacer pasar por un político profundo y disimulado: no era esta otra cosa que un poeta irascible, franco hasta la cólera; un alma á quien la menor contrariedad ponía fuera de sí, y que no podía ocultar su opinión ni tomar la de otro. Los principios literarios de mi amigo Joubert diferían mucho de los suyos: este hallaba algo de bueno en todas las cosas y en todos los escritores: Fontanes, por el contrario, tenía horror hácia ciertas doctrinas y hácia ciertos autores. Era enemigo declarado de los principios de la composición moderna: poner á los ojos del lector la acción material, el crimen trabajando ó la horca con su cuerda, le parecía una monstruosidad: pretendía que no debía nunca verse el objeto sino en un intermedio poético, y como bajo un globo de cristal. El dolor, agotándose maquinalmente por los ojos, no le parecía mas que una sensación del Circo ó de la plaza de Greve; no comprendía el sentimiento trágico ennoblecido por la admiración y cambiado por el arte en una dulce compasión. Citábale yo los vasos griegos: en los arabescos de estos vasos se ve el cuerpo de Hector arrastrado por el carro de Aquiles, en tanto que una figura suspendida en el aire representa la sombra de Patroclo, consolado por la venganza del Hijo de Thetis.—«Y bien, Joubert! exclamó Fontanes; ¿qué decís de esta metamorfosis de la musa? ¿Cómo respe-

taban el alma aquellos griegos!» Joubert se creyó atacado, y puso en contradicción á Fontanes con él mismo, echándole en cara su indulgencia hácia mí.

Estos debates, muy cómicos á veces, eran interminables: una noche, á eso de las once y media, cuando vivía yo en la plaza de Luis XV, en el sotabanco de la casa de Mad. de Coislin, Fontanes subió mis ochenta y cuatro escalones para llamar estrepitosamente á mi puerta con el extremo de su bastón, con el objeto de terminar una discusión que había dejado interrumpida: hablábase de Picard, que él ponía en aquel momento á mayor altura que Moliere: estoy seguro de que se hubiera guardado muy bien de escribir una sola palabra de cuanto decía; Fontanes hablando y Fontanes escribiendo, eran dos hombres enteramente distintos.

Mr. de Fontanes, debo repetirlo, fue quien me animó en mis primeros ensayos: él fue quien anunció *El Genio del Cristianismo*; su musa, llena de una abnegación sublime, dirigió á la mía en el nuevo camino en que se había precipitado; él me enseñó á disimular la deformidad de los objetos por el modo de iluminarlos; á poner en cuanto me era posible la lengua clásica en boca de mis personajes románticos. Había en otro tiempo hombres conservadores del gusto, como aquellos dragones que custodiaban las manzanas de oro del jardín de las Hespérides; estos no permitían entrar á la juventud, sino cuando ya no podía echar á perder el fruto.

Los eseritos de mi amigo llevan por un camino hermoso; el espíritu experimenta un bienestar y se encuentra en una situación armoniosa en que toca, encanta, y nada daña. Mr. de Fontanes revisaba incesantemente sus obras; nadie mejor que este maestro de los antiguos tiempos se hallaba convencido de la verdad de esta máxima: «Apresúrate con lentitud.» ¿Qué no diría de estos tiempos, en que, tanto en lo moral como en lo físico, se cree que nunca se camina con bastante celeridad? Mr. de Fontanes prefería viajar al compás de una deliciosa medida. Ya habeis visto lo que de él dije cuando le encontré en Londres; los sufrimientos que experimentó entonces; debo repetirlo: la vida nos obliga continuamente á llorar por el porvenir ó por el pasado.

Mr. de Bonald poseía un talento sutil; aceptábase su vivacidad como genio; su política metafísica la había soñado en el ejército de Condé en la Forest-Noire, lo mismo que esos profesores de Jéna y de Göttingue, que marcharon después á la cabeza de sus discípulos y se dejaron matar por la libertad de Alemania. Innovador, aun cuando había sido mosquetero en el reinado de Luis XVI, miraba á los antiguos como á niños con respecto á la política y á la literatura, y pretendía empleando el primero la fatuidad del actual lenguaje, que el decano de la universidad no estaba aun bastante adelantado para entender todo esto.

Chenedolle, con ciencia y con talento, no natural, pero adquirido, estaba siempre tan triste, que él mismo se apellidaba *le corbeau* (el cuervo): él entraba á saco mis obras. Habíamos hecho un tratado: yo le abandonaba mis cielos, mis vapores, mis nubes; pero habíamos convenido en que él dejaría mis brisas, mis olas y mis selvas.

Hablo ahora solamente de mis amigos literarios; en cuanto á mis amigos políticos, no sé si pasarlos en silencio; ¡principios y discursos han abierto entre nosotros un abismo!

Mad. Hocquart y Mad. de Vintimille iban á la reunión de la calle Nueva del Luxemburgo. Mad. de Vintimille, mujer de otros tiempos, de las que restan muy pocas, frecuentaba el gran mundo y nos traía noticias de lo que en él pasaba: preguntábala yo si se edificaban todavía ciudades. La pintura de los escándalos que bosquejaba con una gracia picante,

sin ser ofensiva, nos hacía conocer mejor el valor de nuestra seguridad. Mad. de Vintimille, juntamente con su hermana, había sido cantada por Mr. de Laharpe. Su lenguaje era circunspecto, su carácter contenido, su talento incontestable: había vivido con las señoras de Chevreuse, de Longueville, de La Valliere, de Maintenon, con Mad. Geoffrin y Mad. du Deffaut. Adaptábase maravillosamente á una sociedad cuya valía dependía en su mayor parte de la diversidad de talentos y de la combinación de sus diferentes valores.

Mad. Hocquart fue muy querida del hermano de Mad. de Beaumont, quien se ocupó de la señora de su pensamiento hasta sobre el mismo cadalso, como Aubrac iba á la horca besando un manguito de terciopelo labrado azul, única prenda que le quedaba de los beneficios de Margarita de Valois. En parte ninguna se podrán reunir bajo el mismo techo tantas personas distinguidas, perteneciendo á clases distintas y á destinos diversos, y pudiendo hablar de las cosas mas comunes como de las mas elevadas; sencillez de asuntos que no provenía seguramente de falta de recursos, sino de la elección. Esta ha sido tal vez la última sociedad en que ha aparecido el espíritu francés del antiguo tiempo. En la nueva Francia no se encuentra hoy aquella cortesanía, fruto de la educación, y transformada por el continuado uso en una especie de carácter. ¿Qué ha sido de esta sociedad? ¿Haced proyectos, reunid amigos, para prepararos un duelo eterno! Mad. de Beaumont no existe, Joubert no existe, Chenedolle no existe, Mad. de Vintimille no existe. En otro tiempo, durante las vendimias, yo visitaba en Villeneuve á Mr. Joubert; me paseaba con él por las orillas del Jonne; él cogía hongos en los sotos, y yo gusanos de luz en los prados. Hablábamos de todo, y especialmente de nuestra amiga Mad. de Beaumont, ausente para siempre: renovábamos el recuerdo de nuestras antiguas esperanzas. Por la noche volvíamos á Villeneuve, ciudad rodeada de murallas decrepitas del tiempo de Felipe Augusto, y de torres arruinadas, sobre las cuales se elevaba el humo del hogar de los vendimiadores. Joubert me hacía ver desde lejos sobre la colina una senda arenosa por entre los bosques, senda que él seguía cuando iba á ver á su vecina, oculta en la casa de campo de Passy durante el terror.

Desde la muerte de mi querido huésped, cinco ó seis veces he atravesado el Senonais. Veía aquellas orillas desde el camino real, pero Joubert no se paseaba por ellas; reconocía los arboles, los campos, las viñas, los pequeños montones de tierra en que teníamos costumbre de descansar. Al pasar por Villeneuve arrojaba una mirada sobre la calle desierta y sobre la casa cerrada de mi amigo. La última vez que me sucedió esto iba de embajador á Roma. ¡Ah! ¡Si él hubiese estado allí, le hubiera llevado conmigo á la tumba de Mad. de Beaumont! Plúgole á Dios abrir á Mr. Joubert una Roma celeste que se adaptaba mejor á su alma platónica, aunque cristiana. Ya no le volveré á encontrar aquí bajo: yo iré hácia él: él no vendrá hácia mí (Psalm.)

Paris 1857.

AÑO DE MI VIDA 1801.—VERANO EN SAVIGNY.

El éxito de *Atala*, habiéndome determinado á volver á empezar *El Genio del Cristianismo*, del que ya tenía impresos dos tomos, Mr. de Beaumont me propuso que me daría habitación en el campo, en una casa que acababa de alquilar en Savigny. Seis meses pasé en aquel retiro con Mr. Joubert y nuestros demás amigos.

La casa estaba situada á la entrada del pueblo del lado de París, al lado del antiguo camino real que se

llama a un país el camino de Enrique IV; estaba aneja á un campo de viñedo, y tenía enfrente el jardín de Savigny, terminado por una multitud de bosques y atravesado por el pequeño río del Orge. A la izquierda se extendía la llanura de Viry hasta las fuentes de Juvisy. En el contorno de todo este país se hallan valles, á donde íbamos á pasearnos por las tardes para descubrir nuevos paseos.

Por la mañana almorzábamos juntos; despues me retiraba á trabajar. Mad. de Beaumont tenía la bondad de copiarme las citas que yo le indicaba. Aquella noble mujer me ofreció un asilo cuando yo no lo tenía; sin la paz que ella me proporcionó, tal vez no hubiese terminado una obra que no había podido concluir durante mis malos tiempos.

Me acordaré siempre de algunas tardes pasadas en aquel abrigo de la amistad; nos reuníamos de vuelta del paseo al lado de un estanque que había en un campo de césped de la huerta. Mad. Joubert, Mad. de Beaumont y yo nos sentábamos en un banco; el hijo de Mad. Joubert jugaba á nuestros piés sobre la verde alfombra: este niño tampoco existe. Mr. Joubert se paseaba en una solitaria y arenosa calle de árboles; dos perros que había para la guarda de la casa y una gata jugaban á nuestro alrededor en tanto que las palomas arrullaban en los aleros del tejado. ¡Qué felicidad para un hombre recién llegado del destierro, despues de ocho años pasados en el mas profundo abandono, á excepcion de unos cuantos dias que pasaron como un soplo! En estas tardes era cuando solían mis amigos hacerme hablar de mis viajes; jamás he descrito tan bien como entonces los desiertos del Nuevo-Mundo. Por la noche, cuando las ventanas de nuestro salon campestre estaban abiertas, Mad. de Beaumont me señalaba diversas constelaciones, diciéndome que algun dia me acordaria de que ella me había enseñado á conocerlas; despues que la perdí, no lejos de su tumba en Roma, he buscado muchas veces desde en medio de los campos las estrellas que me había nombrado; las he visto brillar por encima de las montañas de la Sabinia: el rayo de luz de estos astros venia á matizar la superficie del Tiber. El sitio desde donde las había visto en Savigny y los lugares en que las volvía á ver, la inestabilidad de mi destino, esta señal que una mujer me había dejado en el cielo para que me acordase de ella; todo esto destrozaba mi corazón. ¿Por qué milagro consiente el hombre en hacer lo que hace sobre la tierra, cuando sabe que ha de morir?

Cierta noche vimos á un hombre entrar con mucho sigilo en nuestro retiro por una ventana y salir por otra: era este Mr. Laborie, que se escapaba de las garras de Bonaparte. Poco despues apareció una de esas almas en pena, que son de una especie distinta de las demás, y que mezclan al pasar su desgracia desconocida á los vulgares sufrimientos de la especie humana: era esta Lucila, mi hermana.

Despues de mi llegada á Francia había escrito á mi familia para noticiarla mi vuelta. La condesa de Marigny, mi hermana mayor, me buscó la primera, equivocó la calle, y halló cinco Mr. Lassange, de los cuales el último subió del fondo de una covacha de zapatero de viejo para responder al llamamiento. Madama de Chateaubriand llegó despues: estaba encantadora y llena de todas las cualidades propias para proporcionarme la felicidad que he encontrado á su lado desde que nos hallamos reunidos. Lucila, condesa de Caud, se presentó luego. Mr. Joubert y madama de Beaumont mostraron por ella la mas profunda amistad y la mas tierna compasion. Entonces empezó entre ellas una correspondencia que no terminó sino con la vida de aquellas dos mujeres que se habían inclinado una hácia la otra como dos flores próximas á marchitarse. Mad. Lucila habiéndose despedido en Versalles el 20 de setiembre, me escribió la

siguiente carta: «Te escribo para rogarte des las gracias á Mad. de Beaumont por la invitacion que me ha hecho de ir á Savigny. Espero tener este placer dentro de unos quince dias, á menos que no haya algun inconveniente por parte de Mad. de Beaumont.» Mad. de Caud vino á Savigny como había anunciado.

Ya os he referido que mi hermana, en su juventud canonesa del capitulo de Argentiére y destinada al de Remiremont, había tenido hácia Mr. de Malfilatre, consejero del parlamento de Bretaña, un cariño, que encerrado en su pecho había aumentado su natural melancolía. Durante la revolucion casó con el conde de Caud, á quien perdió á los quince meses de matrimonio. La muerte de la señora condesa de Favey, hermana que ella amaba con ternura, aumentó la tristeza de Mad. de Caud. En seguida se unió á madama de Chateaubriand, mi esposa, y tomó sobre ella un ascendiente que llegó á ser doloroso, porque Lucila era violenta, imperiosa, y Mad. de Chateaubriand, sometida á sus caprichos, se ocultaba de ella para hacer por ella lo que una amiga mas rica hace por una amiga susceptible y menos bien acomodada.

El carácter de Lucila y su genio habían llegado á la locura de J. J. Rousseau; creíase acechada de secretos enemigos y daba á Mad. de Beaumont, á Mr. Joubert y á mi señas falsas para escribirla; examinaba siempre los sobres, procuraba descubrir si habían sido abiertos; andaba errante de domicilio en domicilio; no podía permanecer ni en la casa de mis hermanas ni con mi esposa; les había tomado antipatia, y Mad. de Chateaubriand, despues de haber tenido por ella el mas tierno cariño, concluyó por verse agobiada bajo el peso de unas relaciones tan crueles.

Otra fatalidad había caído sobre Lucila; Mr. de Chenedolle, que habitaba cerca de Vire, la había ido á ver á Fougeres; bien pronto se habló de un casamiento que no tuvo efecto. Todo le salia mal á mi hermana, y caía sobre ella, no teniendo ya valor para soportarse á sí misma. Este espectro melancólico sentóse un momento sobre una piedra en la risueña soledad de Savigny. ¡Tantos corazones la habían recibido en ella con alegría! ¡Ellos la hubieran conducido con tanto placer á una dulce realidad de la existencia! Pero el corazón de Lucila no podía latir sino en una atmósfera expresamente formada para ella, y que no había sido aspirada. Devoraba con rapidez los dias del mundo aparte en que el cielo la había colocado. ¿Por qué Dios había creado ese ser únicamente para sufrir? ¿Qué relacion misteriosa existe entre una naturaleza que sufre y un principio eterno?

Mi hermana no estaba cambiada; solamente que había tomado la expresion fija de sus males: su cabeza estaba un poco inclinada hácia adelante, como una frente sobre la que las horas han pesado. Ella me recordaba mis parientes: estos primeros recuerdos de familia, evocados de la tumba, me rodeaban como las larvas que se acogen por la noche á la llama moribunda de una hoguera funebre. Al contemplarla creía yo entrever en Lucila toda mi infancia, que me miraba por detrás de sus ojos extraviados.

La vision dolorosa se desvaneció; esta mujer, agobiada bajo el peso de la vida, parecia haber venido á buscar á la otra mujer doliente que debía llevar consigo.

Paris 1857.

AÑO DE MI VIDA 1802.—TALMA.

Pasó el verano: segun costumbre, me había yo prometido volver á hacer lo mismo al año siguiente; pero el horario no vuelve á la hora en que se quisiera llevar. Durante el invierno, en Paris, hice al-

unos nuevos conocimientos. Mr. Julien, hombre rico, obsequioso y alegre, aunque de una familia desconocida, tenía un palco en el teatro francés; enviábaselo muchas veces á Mad. de Beaumont; fui cuatro ó cinco veces al teatro con Mr. de Fontanes y monsieur Joubert. A mi entrada en el mundo la antigua comedia se hallaba en todo su esplendor; la volví á encontrar en un estado completo de descomposicion: la tragedia se sostenia aun, gracias á Mlle. Duchesnoy, y sobre todo á Talma, que había llegado á la mayor altura del talento dramático.

Habíale visto en su extremo; estaba en aquella época menos jóven, por decirlo así, y menos interesante, que á la edad en que le volví á ver; había adquirido el aire distinguido, la nobleza y la gravedad que dan los años.

El retrato que Mad. de Stael ha hecho de Talma en su obra sobre la Alemania no es verdadero mas que á medias: el brillante escritor ve al actor eminentemente con una imaginacion de mujer, dándole lo que le faltaba.

No convenia á Talma el mundo intermediario; él no comprendia al *hidalgo*; luego no conocia nuestra antigua sociedad: no se había sentado á la mesa de los castellanos en la torre gótica, en el fondo de los bosques; desconocia la flexibilidad, la variedad de tono, la galantería, la marcha insustancial de los costumbres, la sencillez, la ternura, el heroísmo del honor, la abnegacion cristiana de la caballería; no era el Tancredo, el Coucy, ó al menos los trasformaba en héroes de una edad media de su creacion. Oteló estaba en el fondo de Vendome.

¿Quién, pues, era Talma? Era él, su siglo y el tiempo antiguo. Poseia las pasiones profundas y concentradas del amor á la patria; estas pasiones salian de su pecho por explosion. Tenia la inspiracion funesta, el desarreglo, el genio de la revolucion á través de la cual había pasado. Los terribles espectáculos que le habían rodeado, se repetian en su talento con los lamentables y lejanos acentos de los coros de Sófocles y de Eurípides. Su gracia, que no era una gracia de convenio, os sobrecogia como la fatalidad. La negra ambicion, el remordimiento, los zelos, la melancolía del alma, el dolor físico, la locura y la adversidad: hé aquí lo que él sabía. Su sola salida á las tablas, el sonido solo de su voz eran poderosamente trágicos. El dolor y el pensamiento se mezclaban sobre su frente, respiraban en su inmovilidad, en su postura, en sus gestos, en sus pasos. Griego, llegaba respirando aun el aire patrio desde las ruinas de Argos, inmortal Orestes, atormentado hacia tres mil años por las Euménides. Francés, venia de la soledad de Saint-Denis, donde las Parcas de 1793 habían cortado el hilo de la vida intratumba de los reyes. Triste, esperando alguna cosa desconocida, pero decretada ya por el injusto cielo, marchaba, obligado por el destino, inexorablemente encadenado entre la fatalidad y el terror.

El tiempo esparce una oscuridad inevitable sobre las obras maestras de la literatura dramática, envejecidas; su sombra, trasportada, cambia en Rembrandt los mas puros Rafaeles: sin Talma, una gran parte de las maravillas de Corneille y de Racine hubieran pasado desapercibidas. El talento dramático es una antorcha; comunica el fuego á otras antorchas medio apagadas, y hace revivir á los genios que os encantan por su esplendor rejuvenecido.

A Talma se debe la perfeccion de las maneras del teatro. Pero la verdad en la escena y el rigorismo en los trajes, ¿son tan indispensables al arte como se supone? Los personajes de Racine en nada dependen de la forma de sus vestidos; en los cuadros de los primeros pintores los fondos están descuidados y los trajes son inexactos. Los *Fueros* de Orestes ó la *Profecía* de Joad, leídas en una sala por Talma de frac, hacian

tanto efecto como declamadas en escena por Talma ataviado con el manto griego ó el traje hebreo. Ifigenia estaba vestida como Mad. de Sevigné cuando Boileau dirigia estos versos á su amigo:

Ifigenia por Calchas inmolada
Del pueblo griego en Aulis reunido
No mas sentida fue ni mas llorada,
Que en nuestra escena Champmeslé lo ha sico.

Esta exactitud en la representacion del objeto inanimado está en el espíritu de las artes de nuestros tiempos; ella anuncia la decadencia de la alta poesia del verdad-ro drama; conténtanse con bellezas efímeras cuando no pueden lograr otras; se procura engañar á la vista con los sillones y con el terciopelo cuando no puede pintarse la fisonomía que se sienta sobre este terciopelo y en estos sillones. Sin embargo habiendo llegado una vez á esta verdad de las formas materiales, es preciso continuarlas, porque el público materialista lo exige así.

AÑOS DE MI VIDA 1802 Y 1803.—GENIO DEL CRISTIANISMO.—CAIDA ANUNCIADA.—CAUSA DEL ÉXITO FINAL.

Entre tanto concluía yo *El Genio del Cristianismo*. Luciano manifestó deseos de ver algunas pruebas de esta obra; se las envié, y puse al margen algunas notas, aunque poco interesantes.

Aunque el éxito de mi gran libro fue tan brillante como el de la pequeña *Atala*, fue sin embargo mas controvertido; era esta una obra de entidad, que no combatia los principios de la literatura y de la filosofía por medio de una novela, sino con razones y con hechos. El imperio volteriano arrojó un grito y corrió á las armas. Mad. de Stael se equivocó con respecto al porvenir de mis estudios religiosos: la llevaron la obra sin estar aun cortadas las hojas; pasó sus dedos por entre ellas, y tropezando casualmente sobre el capítulo *De la virginidad*, dijo á Mr. Adriano de Montmorency, que se hallaba á su lado:—«¡Ah! Dios mio! ¡El pobre Chateaubriand se va á hundir!» El abad de Boulogne, teniendo entre las manos algunos fragmentos de mi trabajo antes de darle á la prensa, respondió á un librero que le consultaba:—«Si quereis arruinaros, no teneis mas que imprimir ese libro.» Y el abad de Boulogne hizo posteriormente un magnífico elogio de mi obra.

Y con efecto, todo parecia anunciar entonces mi caída: ¿qué esperanza podía tener yo, sin nombre y sin partido, de destruir la influencia de Voltaire, que dominaba hacia mas de medio siglo; de Voltaire, que había elevado el colosal edificio acabado por los enciclopedistas y consolidado por todos los hombres célebres de Europa? ¿Pues qué? ¿los Diderot, los Dalember, los Duclos, los Dupuis, los Helvetius, los Condorcet, eran talentos desnaturalizados? ¿Pues qué? ¿el mundo debía volver á la leyenda dorada, á renunciar á la adquirida admiracion hácia las obras maestras de ciencia y de racionio? ¿Podía yo ganar una causa que no había podido salvar la misma Roma armada con sus rayos y el clero con todo su poder? ¿Una causa defendida infructuosamente por el arzobispo de París, Cristóbal de Beaumont, apoyado con los decretos del parlamento, con la fuerza armada y con el nombre del rey? ¿No era tan ridículo como temerario para un hombre oscuro el oponerse á un movimiento filosófico tan irresistible, que había producido una revolucion? ¿Era cosa curiosa ver á un pigmeo *extender sus pequeños brazos* para ahogar los progresos del siglo, detener la civilizacion y hacer retrogradar al género humano! A Dios gracias bastaria una sola palabra para pulverizar al insensato: así es que Mr. Cuinguéné, maltratando *El Genio del Cristianismo* en la *Década*, decia que la crítica llegaba demasiado tarde, pues que mi trabajo estaba ya olvidado. Decia esto cinco ó seis

meses después de la publicación de una obra que el ataque de la Academia francesa en masa, con motivo de los premios decenales, no había podido derribar.

Entre las ruinas de nuestros templos vió la luz pública *El Genio del Cristianismo*. Los fieles se creyeron salvados: experimentábase entonces una necesidad de fe, un ansia de consuelos religiosos, que provenía de la privación de estos consuelos por espacio de tantos años. ¡Qué fuerzas sobrenaturales tenían que buscar para tantos sufrimientos! ¡Cuántas familias mutiladas tenían que ir á buscar á los pies del padre de los hombres los hijos que habían perdido! ¡Cuántos corazones destrozados, cuántas almas aisladas imploraban una mano divina que los aliviase! Precipitábase á la morada de Dios como se entra en la casa de un médico el día que se declara una peste. Las víctimas de nuestras revoluciones (¡y qué víctimas!) se refugiaban en el altar; naufragos se aferraban á la roca sobre la que esperaban hallar su salvación.

Bonaparte, deseando entonces fundar su poder sobre el mas seguro cimiento de la sociedad, acababa de concluir sus tratados con la corte de Roma; no puso entonces obstáculo alguno á la publicación de una obra útil á la popularidad de sus designios; tenía que luchar contra los hombres que le rodeaban, y contra enemigos declarados del culto; tuvo pues la fortuna de ser defendido exteriormente por las opiniones que *El Genio del Cristianismo* enunciaba. Mas tarde se arrepintió de su engaño; las ideas monárquicas habían venido con las religiosas.

Un episodio de *El Genio del Cristianismo*, que causó entonces menos ruido que *Atala*, ha determinado uno de los caracteres de la literatura moderna; pero además, si *René* no existiese, no lo volvería á escribir; si me fuese posible destruirle, le destruiría. Ha pululado una familia de Renes poetas y de Renes prosistas; no se ha oído otra cosa que frases lamentables y desordenadas; no se han ocupado de otra cosa que de vientos, tempestades, y de palabras desconocidas entregadas á las nubes y á la noche. No hay muchacho recién salido del colegio que no se haya creído alguna vez el mas desgraciado de los hombres; ni barbilampiño de diez y seis años que no haya gastado su vida y que no se haya creído atormentado por su genio; que en el abismo de sus pensamientos no se haya entregado al *mar de sus pasiones*; que no haya golpeado su pálida y desnuda frente, y que no haya admirado á los hombres consternados con una desgracia cuyo nombre ignoraba él lo mismo que ellos.

En *René* había yo presentado una enfermedad de nuestro siglo; pero los novelistas tenían otra locura, que era la de haber querido hacer universales las aficciones aisladas. Los sentimientos generales que constituyen el fondo de la humanidad, la ternura paternal, la piedad filial, la amistad, el amor, son inagotables; pero las maneras particulares de sentir, las individualidades de espíritu y de carácter, no pueden esplanarse ni multiplicarse sino en grandes y multiplicados cuadros. La fibras no descubiertas del corazón humano forman un campo muy limitado; nada queda que recoger en ese campo después de la primera mano que lo ha segado. Una enfermedad del alma no es un estado permanente y natural: no se la puede reproducir, hacer de ella una literatura especial, y sacar el partido que se saca de una pasión general, incesantemente modificada á voluntad de los artistas que la presentan, y que la cambian de forma.

De cualquier modo que sea, la literatura se coloreó con las tintas de mis cuadros religiosos, lo mismo que los negocios han conservado la fraseología de mis escritos en la Cité; *La Monarquía con arriego á la carta*, ha sido el rudimento de nuestro gobierno representativo, y mi artículo de *El Conservador* sobre los intereses morales y los intereses materiales, ha legado estas dos denominaciones á la política.

Los escritores me hicieron el honor de imitar á *Atala* y á *René*, ni mas ni menos que el púlpito se apoderó de mis escritos sobre las misiones y sobre los beneficios del cristianismo. Los pasajes en que demuestro que al arrojarse de los bosques á las divinidades del paganismo, nuestro culto extendido ha devuelto su soledad á la naturaleza; los párrafos en que trato de la influencia de nuestra religión en nuestra manera de ver y de expresar; en que examino los cambios producidos en la poesía y en la elocuencia; los capítulos que consagro á las investigaciones de los sentimientos inverosímiles introducidos en los caracteres dramáticos de la antigüedad, envuelven el germen de la nueva crítica. Los personajes de Racine, como ya lo he dicho, son y no son griegos; son personajes cristianos: esto es lo que no se había comprendido bien.

Si el efecto producido por *El Genio del Cristianismo* no hubiera sido una reacción contra las doctrinas, á las que se atribuía las desgracias de la revolución, este efecto hubiera cesado en cuanto desapareció la causa, y no se habría prolongado hasta hoy. Pero la acción de *El Genio del Cristianismo* sobre las opiniones no se limitó á una resurrección momentánea de una religión que se creía al borde del sepulcro; la metamorfosis que se operó fue mas duradera. Si había en la obra innovación de estilo, había en ella también cambio de doctrinas; la esencia y la forma estaban alteradas; el ateísmo y el materialismo no fueron desde entonces la base de las creencias ó de la falta de creencias de la juventud; la idea de Dios y de la inmortalidad del alma recobró su imperio: de aquí su alteración en el encadenamiento de las ideas que se ligan unas á otras. Ya no se vieron retenidos en sus creencias por una preocupación anti-religiosa; no se creyeron en adelante obligados á seguir siendo momias de una nada revestida de formas filosóficas; fue lícito examinar cualquier sistema, por absurdo que se creyera, *aun cuando fuese el cristiano*.

Además de los fieles que volvían á la voz de su pastor, surgieron, á consecuencia de este derecho de libre examen, otros fieles *a priori*. Presentad á Dios como principio, y el Verbo seguirá necesariamente; el Hijo nace del Padre.

Esas diversas combinaciones abstractas no sirven mas que para sustituir á los misterios del cristianismo otros misterios aun mas incomprensibles: el panteísmo, que por otra parte es de tres ó cuatro especies, y que es hoy moda atribuir á las grandes capacidades, es el mas absurdo de los sueños del Oriente redactado por Espinosa: basta para convencerse de esto la simple lectura del artículo del escéptico Bayle acerca de ese judío de Amsterdam.

El tono resuelto con que hablan algunos de todo esto sería insufrible si no se atendiese á su falta de instrucción: se pagan de palabras cuya significación no saben, creyéndose unos genios. Es menester convenir en que Abelardo, San Bernardo, Santo Tomás de Aquino, han tenido en metafísica una superioridad de luces á que nosotros no hemos llegado: que los sistemas sansimoniano, falansteriano, fourierista, humanitario, han sido hallados y puestos en práctica por los herejes de todos tiempos; que lo que se nos pretende vender por progresos y nuevos descubrimientos no son otra cosa que doctrinas envejecidas que se arrastran penosamente desde hace mil quinientos años en la escuela de la Grecia y en los colegios de la edad media. El mal está en que los primeros sectarios no pudieron llegar á fundar su república neoplatónica cuando Galieno permitió á Plotino que hiciese un ensayo de ella en la Campania; mas adelante se cometió la injusticia de quemar á los sectarios cuando quisieron estos establecer la comunidad de bienes, hacer de la prostitución una institución sagrada, atreviéndose á decir que una mujer no podía

sin hacerse criminal, negarse al hombre que le pedía una unión pasajera en nombre de Jesucristo: no era menester mas, según decían, para llegar á esta unión, que desprenderse del alma y ponerla en depósito por un momento en el seno de Dios.

El sacudimiento que *El Genio del Cristianismo* produjo en los espíritus hizo salir al siglo xviii del carril, arrojándolo para siempre fuera de su camino: comenzó á estudiar el origen del Cristianismo: leyendo de nuevo á los Santos Padres (dado caso que se hubiesen leído antes), admiráronse de hallar tantos hechos curiosos, tanta ciencia filosófica, tantas bellezas de estilo de todos géneros, tantas ideas, que por una gradación mas ó menos sensible formaban el paso de la sociedad antigua á la sociedad moderna; era única y memorable de la humanidad, en que el cielo comunicó con la tierra al través de las almas encerradas en hombres de genio.

Al lado del mundo ruinoso del paganismo se alzó en otro tiempo, como desde fuera de la sociedad, otro mundo, espectador de esos grandes espectáculos; pobre, aislado, escondido, y no mezclándose en los asuntos de la vida sino cuando necesitaba de sus lecciones ó de su ayuda. Cosa sorprendente era el ver aquellos primeros obispos, casi todos honrados con el sobrenombre de santos y de mártires; aquellos simples sacerdotes custodiando las reliquias y los cementerios; aquellos religiosos y ermitaños, en sus conventos ó en sus grutas, redactando tratados de paz, de moral, de caridad, cuando todo era guerra, corrupción, barbarie; yendo de los tiranos de Roma á los gefes de los tártaros y de los godos, para prevenir la injusticia de los unos y la crueldad de los otros, deteniendo ejércitos con una cruz de madera y una palabra de paz; los mas débiles de todos los hombres protegiendo al mundo contra Atila; colocados entre dos universos, para servir de vínculo entre ellos, para consolar los últimos momentos de una sociedad espirante y sostener los primeros pasos de una sociedad en su infancia.

EL GENIO DEL CRISTIANISMO. (CONTINUACION). — EFECTOS DE LA OBRA.

Era imposible que las verdades desentruadas en *El Genio del Cristianismo* no contribuyesen al cambio de las ideas. De esta obra fecha también el gusto actual por los edificios de la edad media. Yo fui quien hice admirar los antiguos templos al nuevo siglo. Si se ha abusado de mi opinión, si es cierto que nuestras catedrales no se han aproximado á la belleza del Partenon; si es falso que estas iglesias nos transmiten en sus documentos de piedra acontecimientos ignorados; si es una locura el sostener que esas memorias de granito nos revelan secretos escapados á aquellos sabios benedictinos; si á fuerza de oír hablar de lo gótico fastidia ya, no es mía la culpa. Por lo demás, con respecto á la cuestión artística conozco bien lo que le falta á *El Genio del Cristianismo*: esta parte de mi obra es muy defectuosa, porque en 1800 no conocía yo las artes; no había visto ni la Italia, ni la Grecia, ni el Egipto. Tampoco he sacado todo el partido que podía sacarse de las vidas de los santos y de las leyendas, que me ofrecían historias maravillosas: escogiendo entre estas con tino, podía recoger una abundante cosecha. Este inmenso campo de riqueza, de imaginación de la edad media, sobrepuja en fecundidad á la metamorfosis de Ovidio y á las fábulas milesianas. Hay además en mi obra juicios dudosos ó falsos, tales como el que emiti respecto á Dante, á quien he rendido después un brillante homenaje.

Con respecto á la parte importante de *El Genio del Cristianismo*, la he completado en mis *Estudios históricos*, uno de mis trabajos de que se ha hablado menos y que mas se ha saqueado.

El éxito favorable de *Atala* me había embelesado, porque mi alma era jóven aun: el de *El Genio del Cristianismo* me fue doloroso; me vi obligado á sacrificar mi tiempo á correspondencias cuando menos inútiles y á felicitaciones incómodas. La reputación adquirida no bastaba á compensarme de los disgustos porque tiene que pasar el hombre cuyo nombre es conocido entre el público. ¿Qué felicidad puede reemplazar á la paz que se ha perdido al introducir al público en vuestra intimidad? Añádanse á esto los sobresaltos con que las musas se complacen en afligir á los que se dedican á su culto, los inconvenientes de un carácter fácil, la inaptitud para la fortuna, la pérdida del reposo, un genio desigual, unas aficciones mas vivas, tristezas sin motivo, alegrías sin causa. ¿Quién desearía, si en su mano estuviese, comprar con estas condiciones las ventajas inciertas de una reputación que no está seguro de obtener, que será disputada durante su vida, que la posteridad no asegurará, y á la que la muerte os ha de hacer extraño para siempre?

La controversia literaria sobre la novedad de estilo que había producido *Atala* se renovó á la publicación de *El Genio del Cristianismo*.

Un rasgo característico de la escuela imperial, y aun de la escuela republicana, es muy digno de notarse: en tanto que la sociedad avanzaba hácia el mal ó hácia el bien, la literatura permanecía estacionaria; extraña al cambio de las ideas, no pertenecía á su tiempo. En la comedia, los señores de pueblo, los Colín, los Babet ó las intrigas de esa sociedad ya desconocida, se presentaban (como ya he dicho) ante hombres toscos y sanguinarios, destructores de las costumbres, cuyo cuadro se les ofrecía; en la tragedia, un parterre plebeyo se ocupaba de las familias de los nobles y de los reyes.

Dos cosas detenían á la literatura del siglo xviii: la impiedad que conservaba de Voltaire y de la revolución, y el despotismo con que Bonaparte la agobiaba. El gefe del Estado utilizaba esos escritos subordinados, que había enviado al cuartel, que le presentaban las armas, que salían en cuanto gritaba: «¡Adelante la guardia!» que desfilaran por hileras, y que maniobraban como soldados. La mas leve independencia parecía una rebelión á su poder; detestaba del mismo modo la rebelión de las palabras y de las ideas que de la fuerza armada. Suspendió el *Habeas corpus*, tanto para el pensamiento como para la libertad individual. Verdad es que es preciso confesar que el público, fatigado de la anarquía, sufría gustoso el yugo de las reglas.

La literatura representante de la nueva era no ha reinado sino cuarenta á cincuenta años después del tiempo de que ella formaba el idioma. Durante este medio siglo no se había empleado sino por la oposición. Han sido Mad. de Stael, Benjamin Constant, Lemerrier, Bonalt, yo, en fin, los primeros que han hablado esta lengua. El cambio de la literatura de que se vanagloria el siglo xix, le ha provenido de la emigración y del destierro; Mr. de Fontanes fue quien cobijó esas aves de otra especie que la suya, porque remontando al siglo xvii, había tomado el poder de ese tiempo fecundo y perdido la esterilidad del xviii. Una parte del espíritu humano, la que trata de las materias trascendentales, adelantó únicamente con un paso igual al de la civilización; desgraciadamente la gloria del saber no se vió libre de lunares: los Laplace, los Lagrange, los Monge, los Chaptal, los Berthollet, todos estos prodigios, acérrimos demócratas en otro tiempo, se hicieron los mas sumisos servidores de Napoleón. Debemos decirlo en honor de las letras: la nueva literatura fue libre, la esencia servil; el carácter no correspondió al genio, y aquellos cuyo pensamiento se había elevado al mas alto cielo no pudieron elevar su alma sobre los pies de

Bonaparte: pretendían no tener necesidad de Dios, sin duda porque necesitaban un tirano.

El clasicismo napoleónico introducido era el genio del siglo XIX, siglo disfrazado con la peluca de Luis XIV ó á la moda de Luis XV. Bonaparte quiso que los hombres de la revolución no se presentaran en la corte sino de uniforme y con la espada al lado. No se veía á la Francia del momento; aquello no era orden, sino disciplina. Nada había mas enojoso que aquella pálida resurrección de la literatura de otros tiempos. Aquella calma fría, aquel anacronismo improductivo, desapareció cuando la nueva literatura invadió con estrépito impulsada por *El Genio del Cristianismo*. La muerte del duque de Enghien tuvo para mí la ventaja, dejándome aislado, de permitirme que siguiera en medio de la soledad mi inspiración propia, é impedirme que me alistase en la infantería regular del viejo Pindo: debo sin duda alguna, mi libertad moral á mi libertad intelectual.

En el último capítulo de *El Genio del Cristianismo* examino lo que hubiese sido del mundo si no se hubiera predicado la fe en el mismo momento de la invasión de los bárbaros: en otra parte llamo la atención sobre un trabajo importante, por hacer aun, sobre los cambios que el cristianismo produjo en las leyes despues de la conversión de Constantino.

Suponiendo que la opinión religiosa existiese tal como en el momento en que escribo estas líneas; si *El Genio del Cristianismo* estuviese aun por hacer, le arreglaría de muy diferente modo: en vez de enumerar los beneficios y las instituciones de nuestra religión en el tiempo pasado, probaría que el cristianismo es el pensamiento del porvenir y de la libertad humana; que este pensamiento Redentor y Mesías, es el único fundamento de la igualdad social; que él solo la puede establecer porque coloca al lado de esta igualdad la imprescindibilidad del deber corruptivo y regulador del instinto democrático. La legalidad no es bastante para contener, porque no puede ser permanente; esta saca su fuerza de la ley; luego la ley es la obra de los hombres, que pasan y varían. Una ley no es siempre obligatoria; puede siempre ser modificada por otra ley: no así sucede con la moral, que es invariable: lleva su fuerza en sí misma, porque emana del orden inmutable: ella tan solo puede dar la estabilidad.

Haria ver que en todos los puntos en que ha dominado el cristianismo ha cambiado las ideas, ha rectificado las nociones de lo justo y de lo injusto, ha sustituido la afirmación á la duda, y ha encerrado en sus doctrinas y preceptos la humanidad entera. Trataría de adivinar la distancia á que nos hallamos aun del total cumplimiento del Evangelio, calculando el número de males destruidos y de mejoras operadas en los diez y ocho siglos pasados del lado de acá de la cruz. El cristianismo obra con lentitud, porque obra en todas partes á un tiempo; no se asocia á la reforma de una sociedad particular; trabaja sobre la sociedad en general; su filantropía se estiende á todos los hijos de Adán; esto lo anuncia con una maravillosa sencillez en las oraciones mas usuales y en sus votos cotidianos, cuando dice al pueblo reunido en el templo: «Roguemos por todo cuanto padece sobre la tierra.» ¡Qué religión ha hablado jamás de este modo! El Verbo no se hizo carne en el hombre dichoso; se encarnó en el hombre doliente con la mira del bienestar general, de la fraternidad universal y de la eterna salvación.

Aun cuando *El Genio del Cristianismo* no hubiera dado origen á tales investigaciones, me felicitaría de haberlo publicado; falta saber aun si en la época de la aparición de este libro otro *Genio del Cristianismo* cimentado sobre el nuevo plan cuyo diseño indico, hubiera obtenido el mismo resultado. En 1803, cuando nada se concedía á la antigua religión, cuando ora

blanco del desprecio, cuando aun no se conocía la primer palabra de la cuestión, ¿hubiérase recibido bien el hablar de la libertad futura descendiendo del calvario, cuando estaban los espíritus destrozados con los excesos de la libertad de las pasiones? ¿Hubiera consentido Bonaparte una obra semejante? Era á mi ver útil excitar el sentimiento, interesar la imaginación en una causa tan desconocida, atraer las miradas sobre el objeto despreciado, hacerle agradable, antes de pasar á demostrar su importancia, su poder y su utilidad.

Ahora, en la suposición de que mi nombre deje algunas huellas, lo debería sin duda á *El Genio del Cristianismo*; sin hacerme ilusiones sobre el valor intrínseco de la obra, reconozco en ella un valor accidental; llegó á tiempo oportuno. Por esta razón me ha hecho tomar puesto en una de esas épocas históricas que, uniendo al individuo á los sucesos, obligan á guardar su memoria. Si la influencia de mi trabajo no se ciñese al cambio que de cuarenta años acá ha producido en las actuales generaciones; si sirviese aun para reanimar en los que han llegado mas tarde una chispa de las verdades civilizadoras de la tierra; si el leve síntoma de orden que se cree notar se sostuviese en las generaciones futuras, me iría lleno de esperanza en la divina misericordia. ¡Cristiano reconciliado no me olvides en tus oraciones cuando haya cesado de ser; mis faltas me detendrán tal vez ante esas puertas de donde mi caridad había exclamado por tí: — ¡Abrios, puertas eternas! ¡Elevámini, porta aeternales!

Paris, 1837.

Revisado en diciembre 1846.

AÑO DE MI VIDA 1802 Y 1803. — CASAS SOLARES. — MADAMA DE CURTINE, MR. DE SAINT-MARTIN. — MADAMA DE HOUDETOT Y SAINT-LAMBERT.

Hallóse pues mi género habitual de vida del todo desarreglado desde el punto en que cesé de poder disponer enteramente de ella. Adquirí una multitud de relaciones nuevas, y fui llamado á varias casas solares que volvian á restablecerse. Vivíase como se podia en aquellos edificios medio dismantelados, medio restaurados, en cuyos salones el desvencijado sillón de los tiempos antiguos figuraba al lado de la moderna butaca. Sin embargo algunos de esos edificios habían podido conservarse intactos, entre ellos el llamado del *Marais*, posesión de Mad. de La Briche, excelente señora, á quien la fortuna nunca manifestó el rostro airado. Recuerdo que mi *inmortalidad* pasó á la calle *Saint-Dominique-d'Enfer* á tomar asiento en un mal coche de alquiler para trasladarme á la posesión de que acabo de hablar cuando me encontré con las señoras de Vintimille y de Fezensac. En la quinta de Champlatreux hacia Mr. Mole construir pequeñas habitaciones en el segundo piso. En uno de los medio arruinados salones de esta casa se veía un cuadro que representaba á Mateo Molé con su bonete cuadrado conteniendo un motín; y este lienzo que reemplazaba al retrato de su padre, muerto revolucionariamente, marcaba con toda precisión la diferencia de los tiempos. Los magníficos tilos que adornaban una plazuela en frente de esta quinta habían sido cortados, pero aun se conservaban en pié y con toda la pomposa lozanía de su sombra los que componian la tercera fila del paseo que conducía al edificio: posteriormente se han hecho nuevas plantaciones en ese terreno: ahora son de moda los álamos (1).

(1) Hace sin duda el autor esa observación aludiendo á la semejanza de sonido que puede haber entre las palabras francesas *peuplier* (álamo) y *peuple* (pueblo).

No había miserable desterrado al volver de la emigración que no pensara diseñar las ondulaciones de un jardín inglés en los diez piés de terreno de que pudiera volver á tomar posesión. ¿No hice yo mismo nuevas plantaciones en la quinta? de *La Vallée-aux-Loups*? ¿No principié á escribir en aquel sitio mis Memorias, prosiguiéndolas en la granja de Montboisier á cuyo aspecto desfigurado por el abandono, trataban de dar nueva animación en aquella época, y ampliándolas en la quinta de Maintenon que acaba de ser restablecida de los daños que le ha causado la nueva democracia? Las casas solares quemadas en 1789 habían debido aconsejar á las que no lo fueron, que permanecieran ocultas entre la sombra de las ruinas: pero sabido es que encima de las poblaciones y de los templos hundidos bajo la laba del Vesubio vuelven á edificarse nuevas iglesias y nuevas habitaciones.

Entre las abejas que volvian á reedificar su colmena figuraba la marquesa de Custine, heredera de los largos cabellos de Margarita de Provenza, esposa de san Luis, de cuya sangre también participaba algo. Asistí á la toma de posesión de Fervaques, y tuve el honor de acostarme en el lecho del Bearnés, así como en Combourg lo había tenido anteriormente, ocupando el lecho donde en su tiempo durmió la reina Cristina. No fue por cierto pequeña empresa la que acometimos al verificar nuestro viaje á esa casa solar; por de pronto fue preciso embarcar en un mismo carruaje al niño Astolfo de Custine, á su ayo Mr. de Berschtett, á una antigua nodriza, alsaciana que no hablaba mas que en alemán, á una criada llamada Jenny y á Trim, célebre y goloso perro que tuvo ocasión de ejercer su instinto en las provisiones de boca para el camino. ¿No habría podido creerse que esa colonia pasaba á Fervaques á establecerse allí para siempre? Pues aun no había acabado de amueblarse el edificio, cuando los nuevos habitantes tuvieron que abandonarlo. Yo he visto á la que con tanto denuedo desafió al cadalso; la he visto pálida como una parca, vestida de negro, demacrada por una dolencia mortal, sin mas adornos en la cabeza que su sedosa cabellera; la he visto sonreírme con sus descoloridos labios al salir de Secherons cerca de Ginebra para ir á expirar en Bex, á la entrada del Valesado, y oí el ruido que hacia su féretro al pasar de noche por las solitarias calles de Lausana al ir á tomar su eterno puesto en Fervaques: podia decirse que se apresuraba á ocultarse en una tierra, cuya posesión así como la vida no le había durado mas que un solo instante. En el rincon de una chimenea que había en uno de los salones de aquel edificio se leía esta detestable rima, atribuida al real amante de Gabriella.

La señora de Fervaques merece vivos ataques.

Otro tanto había dicho el soldado rey á otras muchas señoras: declaraciones pasajeras, de breve duración que de belleza en belleza se habían ido transmitiendo hasta Mad. de Custine. Posteriormente la posesión de Fervaques fue vendida.

Encontré también á la duquesa de Chatillon, la cual durante mi ausencia de los Cien días decoró mi valle de Aulnay. Mad. Lindsay á quien yo no había dejado de ver me hizo conocer á Julia Talma. Mad. de Clermont-Tonnerre me atrajo á su casa. Recordando esta señora un antiguo parentesco, que había habido en nuestras familias, se dignaba llamarme primo. Habiendo enviudado de su primer esposo, el conde de Clermont-Tonnerre, contrajo segundas nupcias con el marqués de Talaru. Esta señora convirtió en la prisión á Mr. de Labarpe. Por ella conocí también al pintor Neveu, afiliado en el número de sus *caballeros-sirvientes*; Neveu me puso por algunos momentos en relación con Saint-Martin.

Habia este último creído encontrar en la Atala cier-

to lenguaje misterioso que á su parecer le revelaba afinidad de opiniones con migo. Neveu, á fin de estrechar las relaciones que debían existir entre dos hermanos, nos convidó á comer en la bohordilla que habitaba en el palacio Borbon. Llegué á la cita á las seis de la tarde, hora en que ya el *filósofo del cielo* estaba en su puesto. A las siete, un discreto criado puso un potaje sobre la mesa, y sin hablar palabra se retiró cerrando la puerta. Tomamos asiento y principiamos á comer silenciosamente. Mr. de Saint-Martin, á quien ciertamente no se le podían negar muy finos modales, no pronunciaba sino muy breves palabras en forma de oráculo. Neveu contestaba con exclamaciones y gestos de pintor: yo no desplegaba los labios.

Al cabo de una media hora volvió á entrar el silencioso criado, cambió el plato y así se fueron sucediendo uno á uno los manjares dejando entre sí largos intervalos. Mr. de Saint-Martin sintiéndose cada vez mas animado empezó á hablar como un arcángel; cuanto mas hablaba mas tenebroso era su lenguaje. Neveu me había dado á entender apretándome la mano que llegaríamos á ver cosas extraordinarias, y oíríamos ruidos... hacia ya seis mortales horas que yo estaba esperando y ni oía, ni veía nada de particular. Sería ya media noche cuando el hombre de las visiones se puso repentinamente en pié: creí que el espíritu de las tinieblas ó el espíritu divino habían descendido ya sobre su alma, y me preparé á oír prodigios pero nada de eso sucedió. Mr. de Saint-Martin manifestó hallarse cansado, y diciendo que otro día volveríamos á tomar el hilo de la conversación, se caló el sombrero y se marchó. Desgraciadamente para él fue detenido en la puerta y tuvo que volver á entrar con una visita inesperada, sin embargo no tardó en deshacerse de ella y en desaparecer. Esta fue la única vez que le he visto: desde allí fué á morir en el jardín de Mr. Lenoir-Laroché, mi vecino de Aulney.

Soy un ente de mal agüero para el *Swedenborgiano*: el abate Juria se jactó en una comida en casa de Mad. de Custine de matar un gilguero magnetizándolo: llegado el caso el gilguero fue mas fuerte que el abate y este lleno de despecho tuvo que retirarse de nuestra sociedad, temiendo ser muerto por el gilguero: no parece sino que yo, como cristiano, desvirtuaba con mi presencia las maravillas de la tripode.

En otra ocasión el célebre Gall, también en casa de Mad. de Custine, estando sentado á mi lado en la mesa sin conocerme, se engañó en la inspección de mi ángulo facial, me tomó, permitiéndose la expresión por un *renacuajo*, y cuando supo quien era trató de salvar su equivocación y el honor de la ciencia de un modo que me hizo ruborizar. La configuración de la cabeza podrá ayudar á distinguir el sexo, ó á indicar la parte que pertenece á las pasiones animales; mas por lo tocante á las facultades de la inteligencia me parece que la frenología nunca llegará á saber nada. Si pudieran reunirse los cráneos de cuantos grandes hombres han existido desde el principio del mundo y se sujetaran al exámen de los frenólogos sin decir nada acerca de su procedencia, lejos de atinar con las cualidades morales que les distinguieron durante su existencia, daría lugar el exámen de las protuberancias á las mas graciosas equivocaciones.

Me siento acosado de un remordimiento: he hablado de Mr. de Saint-Martin en tono de burla, y me arrepiento de haberlo hecho. Ese tono que yo trato de rechazar continuamente y que continuamente está haciendo esfuerzos por reproducirse en lo que escribo, me hace padecer; pues yo aborrezco el espíritu satírico considerándolo como el mas mezquino, fácil y trivial; bien entendido que no por eso trató de criticar el espíritu que preside en la comedia sublime. Digo, pues, que Mr. de Saint-Martin en último resultado era un hombre de mucho mérito, y de un carácter noble é independiente. Sus ideas cuando eran

inteligibles, eran también elevadas y de una naturaleza superior. ¿No deberé sacrificar lo que he dicho en las páginas anteriores en obsequio de la generosa y muy lisonjera declaración del autor del *Retrato de Mr. de Saint-Martin ejecutado por el mismo*? No vacilaría un momento en borrar enteramente dichas páginas á lo que he dicho en ellas pudiera causar el menor perjuicio á la grave memoria de Mr. de Saint-Martin, ó al aprecio que la acompañará constantemente. Veo por lo demás con singular placer que mis recuerdos no me habían engañado. Mr. de Saint-Martin no se sintió afectado de las mismas sensaciones que yo en la comida de que he hablado; mas por lo que el mismo dice acerca de aquel suceso puede venirse en conocimiento de que yo no he inventado aquella escena y que la descripción que de ella hacemos es parecida en cuanto al fondo.

«En 27 enero de 1803, dice Mr. de Saint-Martin, «tuve una entrevista con Mr. de Chateaubriand en una comida dispuesta para el efecto, en casa de Mr. Neveu en la escuela politécnica. Mucho habría yo ganado en haberle conocido antes: Es aquel caballero el único literato de afables maneras que he conocido, por lo menos así me lo dió á entender en el breve momento que gocé de su conversacion; pues á poco rato de estar juntos vino una visita que le hizo guardar silencio. No sé cuando se me proporcionará ocasión de poder volverle á hablar, pues el rey de este mundo tiene buen cuidado de poner trabas á las ruedas de mi carretilla. Pero ¿de quién necesito yo no siendo de Dios?»

Vale Mr. de Saint-Martin mil veces mas que yo: la dignidad de esa última frase desvanece con la gravedad de su naturaleza el tono de mi inofensiva burla.

También conocí en la quinta del *Marais* á Mr. de Saint-Lambert y Mad. de Houdetot representando el uno y la otra las opiniones y libertades de otros tiempos, conservadas con el mayor esmero: eran imagen del siglo xviii casado á su modo. Basta tener firmeza en la vida para llegar á ver las ilegitimidades convertidas en legitimidades. Siéntese alto aprecio hacia la inmoralidad porque no ha dejado de existir y porque el tiempo la ha condecorado con sus arrugas. Dos virtuosos esposos, que no son esposos y que permanecen unidos por respetos humanos, es indudable que sufren algunas molestias por su venerable estado; fastidiáanse y se detestan cordialmente con todo el mal humor de la edad: es un efecto de la justicia divina.

¡Triste de aquel que vive muchos años!

Difícil es comprender algunas páginas del libro de las *Confesiones*, despues de haber visto el objeto de los arrebatos de Rousseau. ¿Mad. de Houdetot conservaba las cartas que J. Jacobo le escribió y que en su concepto eran mas apasionadas que las de la *Nueva Heloisa*? Es de creer que las hubiese sacrificado á Mr. de Saint-Lambert.

Al cabo de ochenta años, aun solia exclamar Mad. de Houdetot
..... y el amor me consuela!
Sin él no habrá consuelo para mí.

Ninguna noche se acostaba Mad. de Houdetot sin dar tres golpes en el suelo con su chinela diciendo al ya difunto autor de las *Estaciones*: «Buenas noches, amigo mio.» Eh aquí á lo que en 1803 quedaba reducida la filosofía del siglo xviii.

La sociedad de Mad. de Houdetot, de Diderot, de Saint-Lambert, de Rousseau, de Grimon y de Mad. d' Epinay me hicieron insuportable el valle de Montmorency, y aunque con relacion á los sucesos me alegro de haber tenido ocasion de ver una reliquia de los tiempos volterrianos, me hallo muy distante de echar de menos aquellos tiempos. Ultimamente volví á ver en Sannois la casa en que vivió Mad. de Houdetot, que ya no es mas si así puede decirse que una

concha vacía, reducida únicamente á sus cuatro paredes. Siempre inspira interés un hogar abandonado ¿pero que pueden decir unos hogares donde la imaginacion no recuerda haber visto sentada la hermosa, ni la madre de familia, ni la religion; y cuyas cenizas sino estuvieran dispersas, solo reproducirian la memoria de tiempos en que nada mas se hizo que destruir?

Paris 1838.

VIAJE AL MEDIODIA DE LA FRANCIA (1802).

Una reimpression furtiva de *El Genio del cristianismo*, hecha en Aviñon, me condujo en el mes de octubre de 1802 al Mediodia de la Francia. No conocia yo mas que mi pobre Bretaña y la provincia del Norte, que atravesé al dejar mi país. Iba á ver el cielo de Florencia, ese cielo que debia proporcionarme un reflejo de Italia y de Grecia, hacia donde mi instinto y la inspiracion me arrastraban. Hallábame en una feliz disposicion; mi reputacion me hacia mi vida dichosa; hay una multitud de sueños en el primer éxtasis de la fama, y los ojos se llenan con placer con la luz que se levanta; pero que se estinga esta luz, y os dejará en la mas sombría oscuridad; si persiste, la costumbre de verla os hará insensible á su resplandor.

Lyon me causó un placer indecible. Volví á encontrar esas obras de los romanos que no habia visto desde el dia en que leia en el anfiteatro de Tréveris algunas páginas de *La Atala* sacadas de mi mochila. Sobre el Savin pasaban de un lado á otro barcos entoldados cada uno con su luz: conducianlos mujeres; una barquera de diez y ocho años, que me tomó á bordo, arreglaba á cada golpe de remo unas flores atadas á su sombrero. Por la mañana me despertaron las campanas. Los conventos de los alrededores parecian haber recobrado sus solitarios. El hijo de Mr. Ballange, propietario despues de Mr. Migneret de *El Genio del cristianismo*, era mi huésped: despues fue mi amigo. ¿Quién no conoce hoy al filósofo cristiano cuyos escritos brillan con esa dulce claridad, sobre la que se deleita uno en fijar sus miradas como sobre el rayo de luz de un astro querido?

El 27 de octubre el barco que me conducia á Aviñon se vió obligado á detenerse á causa de una tempestad. Créame en el centro de la América; el Ródano me representaba mis caudalosos rios salvajes. Estaba alojado en una pequeña posada, á la misma orilla del agua: un conscripto se hallaba de pié en un rincón de la cocina; llevaba un saco á la espalda, é iba á reunirse al ejército de Italia. Yo escribia sobre el fuelle de la chimenea teniendo delante de mí á la posadera sentada y silenciosa, la que por consideracion al viajero amenazaba al perro y al gato para que no hiciesen ruido.

Ocupábame de un artículo que habia hecho bajando el Ródano, y relativo á la *Legislacion primitiva* de Mr. de Bonald; preveia yo entonces lo que sucedió despues: «La literatura francesa, decia yo, va á cambiar de aspecto; con la revolucion van á nacer otros pensamientos, otro modo de mirar las cosas y los hombres. Fácil es de prever que los escritores se dividirán. Unos se esforzarán por salir de las antiguas sendas; otros procurarán seguir los modelos antiguos, pero presentándolos bajo un nuevo aspecto. Es bastante probable que estos últimos concluyan por alcanzar la victoria sobre sus adversarios, porque apoyándose en las grandes tradiciones y en los grandes hombres, tendrán guías mas seguros y documentos mas fecundos.»

Las líneas que terminan mi crítica son de la historia; mi espíritu marchaba desde entonces con un siglo: «El autor de este artículo, proseguia, no puede negar á una imagen que le presenta la posición

en que se halla. En el momento en que escribe estas líneas, se ve arrastrado por la corriente de uno de los mayores rios de Francia. Sobre dos montañas opuestas se elevan dos ruinosas torres; en lo alto de estas se ven suspendidas unas pequeñas campanas que los campesinos repican á nuestro tránsito. Este rio, estas montañas, estos sonidos, estos monumentos góticos entretienen un momento los ojos del espectador, pero nadie se detiene para llegarse adonde le invita la campana. Así, los hombres que hoy dia predicán la moral y la religion, dan inútilmente la señal desde lo alto de sus ruinas á los que el torrente del siglo arrastra; el viajero se asombra de la grandeza de las ruinas, de la suavidad de los sonidos que de ellas emanan, de la magestad de los recuerdos que se elevan de ellas, pero no interrumpe su camino, y á la primera revuelta del rio lo olvida todo.»

Habiendo llegado á Aviñon la víspera de Todos-Santos un niño que llevaba libros, me presentó algunos, y le compré tres ediciones distintas y falsificadas de una pequeña novela titulada *Atala*. Andando de librería en librería encontré al raptor, para quien yo era desconocido. Me vendió los cuatro tomos de *El Genio del cristianismo*, al precio razonable de nueve francos el ejemplar, y me hizo un gran elogio de la obra del autor. Habitaba una hermosa casa con patio y jardín. Creí haber hallado el pájaro en el nido: al cabo de veinte y cuatro horas me cansé de perseguir la fortuna, y me arreglé con el falsificador por casi nada.

Visité á Mad. de Jauson, mujer de pequeña estatura, delgada, blanca, activa, la cual habitaba en su quinta, y al mismo tiempo luchaba con el Ródano, se batía á escopetazos con los habitantes de la ribera, y se defendia contra los años.

Aviñon me hizo pensar en mi compatriota. Du Guesclin valia tanto como Bonaparte, pues salvó la Francia de las garras de la conquista. Habiendo llegado cerca de la ciudad de los pontífices con los aventurereros que desde España venian en pos de su gloria militar; dijo al comisionado que el papa envió para que saliera á su encuentro: «No me lo ocultes hermano: ¿ese dinero que me ofreces, ha salido del tesoro del pontífice?»—Habiéndole contestado que no, y que procedia de un reparto hecho entre los vecinos de la ciudad, replicó el buen Beltran: «pues amigo, os aseguro que me conformo en no tener un cuarto en toda mi vida, pero quiero que esas monedas se devuelvan á los que las han dado, y advertid al papa que tenga buen cuidado de mandarlo hacer así; pues así yo llegara á saber que no se habia hecho, tendria un gran sentimiento y aunque estuviera al otro lado del mar trataria de volver cuanto antes por acá.» De manera que Beltran Du Guesclin fue pagado con dinero del papa, sus soldados aventurereros fueron absueltos, y la absolucion plenamente confirmada.

Antiguamente los viajeros trasalpinos empezaban por Aviñon, que era la puerta de Italia. Dicen los geógrafos: «El Ródano pertenece al rey; pero la ciudad de Aviñon está regada por un ramal del Sorgue, que pertenece al papa.» ¿Se halla el papa muy seguro de conservar por largo tiempo la propiedad del Tiber? En Aviñon se acostumbraba visitar el convento de los Celestinos. El buen rey Renato, que disminuia los impuestos cuando soplabá el viento ultramontano, pintó en un salon del convento de los Celestinos un esqueleto: era el de cierta mujer, de singular hermosura, á quien habia amado.

En el templo de los Franciscanos se hallaba el sepulcro de *Madona Laura*: Francisco I mandó abrirlo, y saludó aquellas cenizas immortalizadas. El vencedor de Marignan dejó sobre la nueva tumba que mandó construir el siguiente epitafio:

«En un pequeño espacio podeis ver encerrado lo que por su fama ocupó tanto.»

«¡Oh, alma sublime! ¡A ti, que tan apreciada fuiste, ninguna alabanza te se puede tributar sino el silencio, porque las palabras son siempre estériles cuando el objeto sobrepuja á cuanto se puede decir...»

Por mas que se diga, *el padre de las letras*; el amigo de Benvenuto Cellini, de Leonardo de Vinci, del Primático; el rey á quien debemos la Diana, la hermana del Apolo de Belvedere, y la sacra familia de Rafael; el cantor de Laura; el admirador del Petrarca, ha recibido de las bellas artes agradecidas una vida que no tendrá fin.

Iba yo á Vaucluse á coger, junto á la fuente, los brazos perfumados; y la primera aceituna que producía un jóven olivo:

Chiara fontana in quel medesimo bosco
Sorgea d'un sasso; ed acque fresche et dolci
Spargea soavemente mormorando:
Al bel seggio riposto, ombroso é fosco
Ne pastori apressavan, ne bifolci;
Ma ninfe et muse a quel tenor cantando.

«Esa clara fuente en ese mismo bosquecillo sale de una roca; ella esparce frescas y dulces sus aguas, que suavemente murmuran. A ese hermoso lecho de reposo ni los pastores ni los ganados acuden; pero la Ninfa y la Musa van á él cantando.»

Petrarca ha contado cómo encontró aquel valle: «Buscaba yo, dice, un sitio oculto adonde poder retirarme como á un puerto, cuando encontré un pequeño valle cerrado, Vaucluse, muy solitario, de donde toma origen el Sorgue; sitio rey de todos los sitios, donde me establecí. Allí fue donde compuse mis poesías en idioma vulgar; versos en que he descrito las penas de mi juventud.»

También desde Vaucluse oia él, como se podia oír cuando yo pasé, el ruido de las armas que arrojaba la Italia:

¡Italia mia...

O diluvio raccolto
Di che deserti strani
Per inondar i nostri dolci campi!

¿Non e questo 'l terren ch'io toccai pria?
Non e questo 'l mio nido
Ove nudrito fui sì dolcemente?
¿Non e questo la patria in ch'io mi fido
Madre benigna e pia
Chi copre l'uno et l'altro mio parente?

«¡Italia mia!... ¡Oh diluvio reunido de los desiertos extranjeros para inundar nuestros deliciosos campos!... ¿No está allí el suelo que yo pisé primero? ¿No está allí el nido en que tan deliciosamente fui cobijado? ¿No es la patria de quien yo me confío, madre benigna y piadosa, la que guarda á todos mis parientes?»

Mas tarde el amante de Laura invita á Urbano V á transportarse á Roma: «¿Qué respondereis á San Pedro, exclama, cuando os digan: ¿qué bay en Roma? ¿En qué estado está mi templo, mi tumba, mi pueblo? ¿Nada respondeis? ¿De dónde venis? ¿Habeis habitado las orillas del Ródano? Allí nacisteis, decís; y yo ¿no habia nacido en Galilea?»

¡Siglo fecundo, jóven, sensible, que llena de admiracion; siglo que obedecia á la lira de un gran poeta, como á la ley de un legislador! A Petrarca es á quien debemos la vuelta del soberano pontífice al Vaticano: su voz fue la que hizo nacer á Rafael y salir de la tierra la cúpula de Miguel Angel.

De vuelta á Aviñon, busqué el palacio de los papas, y me señalaron el depósito de nieve; la revolucion se fijaba con preferencia en los lugares célebres; los recuerdos de lo pasado se han visto obligados á mudar de forma y á reverdecir sobre osamentas ¡Ay!